

# Cómo Oculté Mi Embarazo — Y Por Qué Decidí Sacarlo a la Luz

*Esta historia fue escrita por Lindsay Hitchcock, como le fue contada por Michelle Carrick.*

Tenía 26 años, vivía y trabajaba como niñera en San Francisco. Me pasaba los días cuidando de una familia pequeña y acaudalada, pero mis noches las pasaba bebiendo y divirtiéndome. Había estado viendo a un tipo hacía aproximadamente un mes, cuando decidí que las cosas no iban bien. Así que una mañana particularmente fría de marzo, le dejé una nota de despedida, sin saber que más tarde, ese mismo día, llegaría una noticia que cambiaría mi vida.

La noche anterior, él y yo habíamos tenido sexo sin protección. Yo no estaba tomando anticonceptivos y puesto que no acostubrábamos a usar condón regularmente, decidí adquirir una píldora del día siguiente. Mientras aguardaba en la fila de la farmacia, de pronto me vino a la cabeza que yo podría estar embarazada, quizá de alguna de las otras veces que estúpidamente evitamos usar algún método contraceptivo. Con la mente dándome vueltas, compré una prueba de embarazo y me dirigí a casa.

Me sentí aliviada cuando la prueba pareció negativa y salí del baño respirando bien hondo. Pocos minutos después, regresé para arrojar fuera la barrita cuando noté una segunda línea, rosa y delgada, que me se me quedó viendo desde la ventana. Aunque era leve, definitivamente estaba *ahí*. Me dirigí nuevamente a la farmacia y compré 10 pruebas de embarazo más. Todas ellas salieron positivas.

Esa noche me acosté en el frío piso del baño y lloré durante horas. No pude sino pensar que ahora, mi vida entera, tal como la conocía, quedaba en suspenso.

En un primer momento, confíé en una buena amiga mía y, con su apoyo, reuní el valor para decírselo al chico que había estado viendo—ahora padre de mi imprevisto hijo.

Se podía escuchar las risas, el sonido de las bolas de billar rebotando y la música de fondo, cuando le di la noticia afuera de un bar irlandés justo dos días después.

“Yo estoy contigo, no importa qué decisión tomes”, me dijo él.

Me causó gran sorpresa la forma en que me apoyó, sino es que gran felicidad. Habiendo sido criada como católica, yo sabía que el aborto no era una opción y en ese momento, tampoco había considerado darlo en adopción. “Quiero quedarme con el bebé”, le dije.

Él prometió apoyarme.

Durante las siguientes semanas, me mantuve ocupada trabajando más de lo habitual y aceptando empleos adicionales de niñera. Adquirí un ejemplar de “Qué Esperar Cuando Estás Esperando” y me instruí sobre asuntos tales como la manutención de los hijos. Quería aprovechar el tiempo de manera proactiva. Fue como si hubiera transitado de la noche a la mañana hacia la supervivencia y lo único que importaba ahora era hacerme responsable de —y prepararme a recibir a— mi nuevo bebé.

Entonces comencé a “sentirme” embarazada realmente. Tuve algunos de los síntomas habituales, como ardor —y agrandamiento— de los pechos, que eventualmente se convirtió en dolor. También me sentí muy hinchada y más fatigada que de costumbre.

A pesar de que comencé a aceptar mi embarazo, no estaba preparada para decirle a la gente cercana a mí. Temía que mis padres —que vivían hasta Wyoming— me convencieran a que me mudara con ellos y tampoco quería su ayuda. Y puesto que eran tan tradicionalistas, tenía miedo de que nunca llegarían a aceptar mi decisión, especialmente porque no mantenía una relación con el padre de la criatura.

Además, estaba el trabajo. Tenía miedo también de que la familia para la cual trabajaba no lo entendiera o que me reemplazaran. No podía soportar la idea no sólo de ser una mujer soltera con un bebé en camino, sino también quedarme sin empleo o, peor aún, una embarazada sin tener un lugar dónde vivir.

Ése fue el comienzo de mi embarazo oculto. A pesar de que todavía estaba bastante delgada, me comencé a esconder detrás de ropa holgada para ocultar mi vientre cada vez mayor—yo esperaba que todo mundo acabara por asumir que simplemente estaba aumentando de peso y pareció funcionar. Nunca pedí a la familia para la cual trabajaba que me dieran mi tiempo libre extra y sólo acudía a las citas con el médico los días normales de descanso. En realidad fue una decisión de día-a-día y mientras fueron transcurriendo los días sin que nadie se diera cuenta, mi secreto creció y también mi bebé.

Aun cuando el padre del bebé me había prometido que se involucraría en la situación, él se fue distanciando de la misma y dejó de responder a mis llamadas. De hecho, no lo volví a ver sino hasta que llevaba 24 semanas – seis meses– de embarazo, el día que me hicieron el ultrasonido.

Ése también fue el día en el que descubrí que iba a tener una niña.

¿Alguna vez has llorado lágrimas de alegría al mismo tiempo en que sientes un torbellino de resentimiento? Fue una nueva combinación para mí, pero era así como me sentía, cuando toqué a su puerta, con una foto en la mano de 4 por 6 pulgadas de mi hija por nacer.

“Quería avisarte que es una niña”, le espeté, sosteniendo la foto por delante cuando él abrió la puerta.

Me quedé parada ahí, esperando una reacción. Pero lo único que hizo fue tomar la foto y quedársela mirando sin decirme nada, sin que su rostro registrara la más leve emoción. Fue entonces cuando me percaté que una de las escasas personas que sabían de mi embarazo estaba en negación total.

Los días siguientes, mis propias emociones parecían encaramadas sobre una montaña rusa. Debido que aun estaba en la “clandestinidad”, me sentía muy sola. No hubo nadie que tocara mi vientre para ver si el bebé pateaba ni que dijera qué nombre podríamos darle. Yo quería que al padre de mi bebé le importara. Rompí a llorar varias veces, pero los arranques nunca duraron mucho—no tenía a nadie con quien llorar. En un momento dado, incluso yo me sorprendí cuando consideré darla en adopción.

Fue entonces que me di cuenta, que el estrés de ocultar mi embarazo a todos era más de lo que yo podía manejar, sin mencionar que mi vientre emergente rápidamente se convirtió en un problema. Una mañana, durante el sexto mes, desperté y pareció como si hubiera “explotado” de una burbuja. Sabía que había llegado el momento de sacarlo a la luz.

Primero llamé a mi hermana, para contárselo. La noticia –como era de esperarse– viajó más pronto que un fuego de la pradera en Wyoming. Lo que yo no esperaba era la explosión de emociones positivas que siguieron. Mi teléfono literalmente no dejó de sonar. Ésa era la bienvenido al mundo que yo siempre había imaginado para un bebé y quedé sorprendida y asombrada por el apoyo que ahora sentía.

“Eso pudo fácilmente haberme sucedido a mí”, decían familiares y amigos una y otra vez. Yo temía que me fueran a juzgar por haber quedado embarazada de un hombre con el que no estaba casada y con el que ni siquiera sostenía una relación. En vez de ello, lo único que preguntaron, con gentileza, es si él estaba involucrado del todo.

Con ellos a mi lado, por fin encontré la fuerza para comunicárselo a mis patrones. Pero eso no significaba que yo no estuviera muerta del susto.

“Depende de usted, si quiere que me quede”, le dije, al darle la noticia a la madre de “mi” familia un día y yo estaba segura de cada una de mis palabras. Pero mis peores temores nunca se materializaron. “Eres como un miembro de nuestra familia en este momento”, me dijo ella, “Jamás se nos ocurriría dejarte ir”.

El peso que se me quitó de encima ese día sobrepasaba el que yo había ganado durante el embarazo. Me sentí

muy aliviada de haber sacado todo a la luz. Trabajé hasta el día en que mi hija nació, el 14 de noviembre de 1998.

Cuando ella llegó al mundo esa noche, puedo decir, con toda honestidad, que me sentí muy feliz. Pesó nueve libras y una onza, con cabello oscuro y ojos azules. Era hermosa. Y era mía. La llamé Brenna.

El papá de Brenna no estuvo ahí la noche que ella nació, pero se apareció cuando cumplió una semana y desde entonces ha estado involucrado en su vida.

Incluso tratamos de salir juntos algunas veces a lo largo de los años, pero nunca funcionó. Ahora soy cercana a su familia y él de la mía. Ambos nos dimos cuenta finalmente, que lo mejor es tener una buena relación en beneficio de nuestra hija.

En retrospectiva, difícilmente puedo recordar qué era lo que tanto miedo me causaba o por qué sentí que tenía que ocultar mi embarazo todo ese tiempo. El embarazo no es algo que deba avergonzarnos—es hermoso. Debí haber supuesto que recibiría mucho apoyo de la mucha gente que me quería.

Ahora miro a mi hija y simplemente estoy agradecida porque está aquí. De hecho, me asusta pensar que quizá hubiera yo podido transitar un camino más tenebroso si ella no hubiera llegado. Cuando veo lo lejos que ambas hemos llegado, me doy cuenta que nunca tuve nada que ocultar. Soy una mamá y me siento orgullosa de serlo.